

Documentos de barbarie

Notas al margen de *Indios, ejército y frontera*



María Eugenia Mudrovic

Michigan State University

*Los imperios se derrumban. Los jefes de pandilla
se pasean como jefes de estado. Y los pueblos
se han vuelto invisibles bajo sus armamentos.*

Bertold Brecht (1940)

Cuando en 1893 Angel Floro Costa visita el taller donde Blanes está terminando de pintar “La Revista sobre el Río Negro” las impresiones que registra en el breve panfleto que se publica ese año en Montevideo aparecen saturadas de superlativos que no moderan (sino más bien lo contrario) los desmedidos autoelogios que la élite rioplatense se prodiga a sí misma ante el triunfo de “la Conquista del Desierto.” *Grandiosas* son las dimensiones del lienzo (7 metros de largo por 3 ½ de alto) como *grandioso* es el “espectáculo” de “la gran revista y la gallarda apostura del jefe y brillante estado mayor, a quien saludan las dianas de la victoria” ese 25 de mayo de 1879 en Choele-Choel, a orillas del Río Negro. Contratado por el presidente Juárez Celman para “eternizar” la gesta fundacional del estado oligárquico liberal argentino, Blanes llevaba 52 meses montado en una silla suspendida con roldanas a fin de responder a las exigencias monumentales del cuadro. Costa pasa dos horas contemplando lo que considera el *capolabro* del “Delacroix uruguayo” para luego describir la tela a lo largo de 16 páginas encendidas de efusión lírica y arrebató patriótico. Después de admirar la centralidad que ocupa la figura protagónica de Roca en el cuadro, su mirada se detiene en el ángulo izquierdo del lienzo donde:

un grupo de indios sometidos y unos cuantos individuos de chusma de ambos sexos en diversas actitudes, [están] arropados bajo sus ponchos de guanaco, medio oculto el prognatismo de sus caras, por las crenchas que, mal sujetos por sus vinchas, les caen de ambos lados. Las fisonomías de ese grupo, espresan el azoramiento natural que debía embargar aquellos incultos cerebros, ante el imponente espectáculo de la civilización triunfante, que los espulsa para siempre de sus dominios y a la que humillados y sumisos sirven de trofeo simbólico en la gran alegoría del artista. (7)

La descripción de Costa, claro, dice más de lo que la pintura muestra. Es casi una alegoría de otra alegoría: las marcas de biologicismo lombrosiano, la psicología imaginada en torno al efecto del despojo, el uso de un maniqueísmo moralizador y la monumentalización de la imagen de un grupo de “bárbaros” deshechables como tributo o “trofeo” del que se apropia el sublime universal civilizador abrazado por la oligarquía argentina. Tanto el cuadro de Blanes como los comentarios de Costa que

rayan casi lo autoparódico dejan debido registro (aún en su misma redundancia) del momento histórico en que el estado liberal se adueña tanto de las tierras indígenas de la Patagonia y el Chaco como de los deseos mismos de una nación cuyos dictados proyecta bajo la forma homogénea (y “calcificada” [Viñas, *Indios* 18]) de sus discursos e instituciones.

Casi un siglo más tarde, en 1982, poco después de que la última dictadura militar celebrara ruidosamente el centenario de la Conquista del Desierto, David Viñas publica en México *Indios, ejército y frontera*, un “collage polémico” que se propone leer de sesgo tanto el triunfalismo del liberalismo estatal (“de 1879 hacia acá” [18]) como la gesta genocida del 80 cuyos ecos resuenan en otros genocidios de la historia argentina: “¿por qué no se habla de indios en la Argentina? . . . Se trata, paradójicamente, ¿del discurso del silencio? O quizá, los indios ¿fueron los *desaparecidos* de 1879?” (18). El gesto de Viñas no deja de ser también alegórico¹ pero sobre todo alude, voluntaria o involuntariamente, a lo que Walter Benjamin decía en “Tesis sobre la filosofía de la historia” a propósito de otro holocausto:

Como en toda historia previa, quienquiera que resulte triunfador seguirá participando de ese triunfo en el que los gobernantes de hoy marchan sobre los cuerpos postrados de sus víctimas. Como de costumbre, los despojos se llevan en alto en ese desfile triunfal. A éstos se les llama generalmente la herencia cultural. Esta última encuentra un observador bastante distante en el materialista histórico. Pues tales riquezas culturales, cuando él las repasa, delatan un origen que él no puede contemplar sin horror. Deben su existencia no sólo a los afanes de los grandes creadores que las han producido sino asimismo a la fuerza de trabajo anónima de los contemporáneos de estos últimos. No ha habido nunca un documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie. (VII: 81)

Las “riquezas culturales” sobre las que *Indios, ejército y frontera* vuelve la mirada pertenecen por derecho propio a la generación del 80 a la que Viñas interroga no ya desde la lectura que propuso en libros anteriores sino desde otro lugar teórico y metodológico. Si en *Realidad política* había “repensado las escenas de fundación de la literatura nacional” (Aguilar), en *Indios* Viñas revisa la consolidación del estado liberal a partir de tres hipótesis que, aún a riesgo de caer en cierto esquematismo, podrían formularse de la siguiente manera. Primero, los “indios” (esos “cuerpos postrados” de la víctima-maestra cuyos “despojos” el 80 embandera en su “desfile triunfal”) son los que operan la unificación simbólica de la oligarquía nacional (con la consecuente inserción de Argentina como país agroexportador en el mercado internacional). Segundo, el estado liberal que consolida el roquismo está estructurado a partir de una matriz castrense (“El ejército empieza a ser—escribe Viñas—el único dogma nacional” [66]). Producto directo de la conquista del desierto, el latifundio significó la metamorfosis de los militares en los “nuevos hacendados” del 80. Viñas los llama, con cierta dosis de sarcasmo rimbombante, los *bourgeois conquérant*.² Tercero, el pulso libidinal que pone en marcha una palabra como *frontera* permitió a la oligarquía argentina fantasear o parodiar el sueño imperial de las metrópolis. Un simulacro de “destino manifiesto” que lejos de garantizar la visibilidad del proyecto de clase en la escena global, profundiza más bien la relación de dependencia económica de Argentina como país periférico. (“Yo era—dice Mansilla cuando en *Una excursión* relata su sueño de gloria—el emperador de los ranqueles. Hacía mi entrada triunfal en Salinas Grandes. Las tribus de Calfucurá me aclamaban. Mi nombre llenaba el desierto preconizado por las cien leguas de la fama. Me habían erigido un arco triunfal...”)

Y en este punto acaso vale aclarar que decir *frontera* no es lo mismo que decir *límite*. No al menos en el siglo XIX. El estado argentino estaba embarcado en un litigio *límitrofe* con Chile pero reservaba el uso del término *frontera* cada vez que hablaba de

1. Al hablar de la conquista del desierto Viñas, se sabe, también habla de los otros dos momentos de crisis de la república liberal cuando el ejército protagonizó un rol de exterminio: la Semana trágica y la última dictadura militar.

2. La llamada ley de fronteras o empréstito (1879) con la que Roca financió la empresa de exterminio vendiendo títulos públicos sobre las propiedades a ser anexadas y la ley de premios militares (1885) que premió con la donación de tierras a los militares que participaron en ella, sellaron la política de repartición de títulos fiscales en la Patagonia, generando un proceso desenfundado de acaparamiento y especulación que aún hoy aparece ligado a las dos negatividades con las que se asocia la región: el latifundio y la falta de habitantes o colonos.

“desiertos” o de tierras bajo la soberanía de naciones indígenas. Esta sutileza (que no es sólo semántica sino pintorescamente ideológica) delata la importancia de Estados Unidos en el diseño de los planes expansionistas de la élite roquista (“La conquista militar argentina—afirma Viñas—fue iniciada con una lúcida visión de lo que implicaba el modelo norteamericano en su lucha contra los indios a fines del siglo XIX” [20]). El desplazamiento y el valor agregado que cristalizó en este uso ideológico de *frontera* aparece por primera vez desarrollado en “the frontier thesis” de Frederick Jackson Turner y descansa sobre los pilares míticos del Destino Manifiesto americano. “La frontera—sentencia sarmientinamente Turner—es el punto de encuentro entre los salvajes y la civilización,” para luego ser más preciso y agregar: “La frontera americana es fundamentalmente distinta de la europea—una línea fuertemente fortificada que atraviesa zonas altamente pobladas. Lo significativo de la frontera americana es el hecho de que acá se encuentra al borde mismo de *free land*” (*Frontier*, Cap. 1). No me arriesgo a traducir *free* en un contexto como éste porque (creo) es una palabra que puede llegarnos cargada tanto de la mística republicana (“tierras libres”) como de su *ethos* capitalista (“tierras gratuitas”). En cualquier caso, lo que diferencia la “excepcionalidad” de uno y otro “destino manifiesto” es el método de avance sobre esas tierras que invariablemente el blanco (criollo o anglo) no vaciló en percibir como tierras de nadie, sin ley ni dueño. Porque si los dos expansionismos echaron mano a una mitología civilizatoria que coincidía en sus puntos esenciales, el peso del avance norteamericano recayó en los hombros de los pioneros mientras que el “agente de progreso” en Argentina fue un ejército moderno y (hasta donde cabe el calificativo) profesional. Se trata, a todas luces, de los héroes monumentalizados por las respectivas épicas nacionales: colonos, en un caso, conquistadores militares, en otro. Siguiendo con interrupciones este camino (“No olvidé—dice Estanislao Zeballos, “el intelectual más orgánico de la conquista” (227)—que la divisa de mi vida es la del yanqui: *go ahead*”), el roquismo imaginó la frontera como una suerte de antesala al “*Far South* argentino,” una referencia móvil, suceptible de ser actualizada o modificada, o, para decirlo de otro modo, una línea difusa de avance que llegó a gravitar en el centro mismo de lo que Scobie llama “la guerra de las vacas.”

Encallada en un etnocentrismo de corte positivista, la narrativa en torno a la gesta neocolonial de Roca fue, según Viñas, la “segunda conquista” de la historia nacional. En un siglo fervorosamente antiespañol muchos de los fragmentos de la “literatura de frontera” que reúne *Indios, ejército y frontera* comienzan sin timidez a hacer las paces con la colonia.³ Esta fue la simetría histórica que trazaron los “neoconquistadores” para borrar el indianismo neoclásico de los letrados independentistas (del que queda debido registro en nuestro himno nacional), resucitando “el discurso colonial indiofóbico vigente hasta el 1800” (70) y transformándolo en complaciente hispanofilia. “Hasta en los fracasos—acota Viñas con malicia—los *gentlemen* de 1880 optaron por ser blancos, cristianos. Pero, sobre todo, ‘descendientes de antiguos españoles hidalgos’” (72).

Los indios, esas víctimas que una élite demasiado satisfecha de sí misma no fue capaz sino de silenciar, sirvieron al discurso circular y repetitivo del 80 como “enemigos prioritarios” y “catalizadores de la Argentina oficial” (192). Para una clase obsesionada con la tierra—con su posesión y sus límites—el *hecho indio*, arriesga Viñas, pudo alentar la salida a un cambio pero lejos de atizar el “cuestionamiento de la Argentina catalizada en 1879” (192), los indios “señalan el límite de la conciencia posible de la oligarquía argentina” (192). No existe “un más allá” o un “afuera” a la circularidad repetitiva con la que la imaginación liberal parecía ensimismada en celebrar su propia homogeneidad: “ninguna oligarquía triunfante se detiene a pensar sobre sus propias víctimas” (192). El liberalismo de los *gentlemen* lo ocupaba casi todo, hasta su misma contradicción (Viñas insiste en denunciar el antiliberalismo del Estado liberal): era “un universal dilatado como el cielo” (229).

3. El trabajo de archivo realizado por Viñas es, en sí, revelador. Desde el exilio que le impone la dictadura militar, Viñas consulta entre 1979 y 1980 la colección que Vicente Gil y Ernesto Quesada, hombres del roquismo, donaron a la Biblioteca Iberoamericana de Berlín. Viñas vuelve a leer con ojo clínico la biblioteca que leyó la red de esas mil familias emparentadas (el estimado es de Viñas) que conforman la élite del oficialismo liberal argentino en su momento de mayor apogeo. El resultado es *Indios, ejército y fronteras*, un collage de literatura de frontera al que Viñas intercala sus interpretaciones (Viñas dice Piglia en *Argentina en pedazos* con razón siempre interpreta [21]).



Juan Manuel Blanes: “La revista sobre el Río Negro” conocida comúnmente como “La Conquista del Desierto.”

Un detalle del cuadro de Blanes (que excluye el ángulo izquierdo donde se agrupan los indios y una cautiva con su hijo mestizo) aparece ilustrando los actuales billetes de 100 pesos emitidos por el Banco de la Nación Argentina.

Tan segura de sí, la generación del 80 se convierte en la primera generación argentina que no cuenta entre sus filas con ningún emigrado intelectual. Más bien lo contrario: un batallón de oficiales europeos puestos en disponibilidad después de la guerra franco-prusiana (Viñas dedica un apartado al sargento y topógrafo Melchert) se suma al coro de militares-científicos que Roca “hereda” de Alsina (el caso-Ebélot lo trata en otro). La ciencia positiva pasa a ser así la religión laica de un roquismo seducido por el poder encantatorio que irradia la modernidad de las cifras, los números, los datos y la técnica. Y, sobre todo, por el servicio que prestan al apogeo de clase. Sin que la elegancia, la discreción o el “desinterés” de la oligarquía se muestren dispuestos a reconocerlo, los números siempre se traducen en dinero. Cuando Viñas identifica en el oficialismo roquista a la primera generación de militares positivistas alude claramente al efecto-fetichismo que los datos o el valor hipertrofiado de “lo científico” adquiere como justificación en esa otra guerra por la hegemonía que se libró desde los libros y la prensa. Frente a los *naturales* (el indio en la “literatura de frontera argentina” es siempre Naturaleza absoluta), la ciencia *mide* (reducir el cuerpo del otro a cifras, dice Viñas, “implica también una forma de posesión” [235]), *clasifica* (la violencia simbólica del estado liberal se proyecta sobre todo en el orden del lenguaje), *colecciona* (como templos laicos, los museos exhiben los “trofeos” del roquismo), *juzga* (la mirada científica del 80 no escapa ni al esteticismo ni a la moralización). El encuentro del perito Moreno con los tehuelches relatados en “ese tono tan empecinadamente neutro” (234) que subleva a Viñas, dan una medida aproximada del “horror” al que Benjamin se refería cuando hablaba de los “documentos de cultura”:

[Sam Slick] consintió en que hiciéramos su fotografía pero de ninguna manera quiso que midiera su cuerpo y sobre todo su cabeza. No sé por qué rara preocupación hacía esto . . . Su destino era ése. Días después de mi partida se dirigió a Chubut y allí fue muerto alevosamente por otros dos indios, en una noche de orgía. A mi llegada supe su desgracia, averigüé el paraje en que había sido inhumado y una noche de luna exhumé su cadáver, cuyo esqueleto se conserva en el Museo Antropológico de Buenos Aires; sacrilegio cometido en provecho del estudio osteológico de los tehuelches. (cit. en *Indios* 238-39)

Si para Zeballos los indios son “residuos” (la parte maldita que exaspera la paciencia del Estado liberal con sus reclamos, “robos” y una indisposición “congénita” para el trabajo), para el perito Moreno son apenas fragmentos, reliquias de museo o, para usar las palabras con resonancias darwinianas de Jean Biou, “fósiles de un estadio superado de la evolución de los amos” (cit. en *Indios* 275).



Pedigüenos, ladrones, nómades y vagos: los delitos que el liberalismo ochentista usó (circular y repetidamente, como señala Viñas) para nombrar “la barbarie” delatan en negativo el modo de producción capitalista que el roquismo aspiraba consolidar. Artífices de un programa que reconocía en la estancia su centro económico, los burgueses conquistadores del 80 sacralizaron “valores” (la propiedad privada, la acumulación, la vida sedentaria, la producción basada en la explotación de una mano de obra de origen inmigrante) que resultaban refractarios al nomadismo de los pueblos indígenas de la Patagonia. No por ello, sin embargo, el *infiel* renunció a sacar sus propias cuentas, como puede leerse en la carta reproducida de 1877 que el cacique-general Manuel Namuncurá escribió al entonces Presidente de la República:

Museo de Ciencias Naturales de la Plata: Exhibición de esqueletos de indios de la Patagonia. Las vitrinas sostienen los bustos de los “neoonquistadores” del roquismo.

Es justicia que reclamemos se nos pasen cuatro mil animales de racionamiento semestral para distribuir a las tribus. . .; una asignación de sueldo a las tres personas generales y a los caciques, caciquillos . . .; cuatro uniformes generales, y cuatro monturas con prendas de plata y chapas de oro, . . . Una cantidad de artículos comestibles y bebidas y más vicios . . . y otros más regalos que se piden para la familia de los caciques generales de las tres personas que representamos el cargo de Gobierno de estas tribus: cuyos caciques reclamamos la valuación de los campos que se nos tomaron de todos los que contienen las fronteras de Puán, Guaminí, Carhué y Chipilafquen por la cantidad de doscientos millones de pesos moneda nacional . . . (cit. en *Indios* 221)

Los indios *reclaman* mientras el estado liberal *ordena* y *racionaliza*. La comunicación entre ambos es a toda vista ineficaz a pesar de que Namuncurá habla (o mejor, sabe usar) el código o idioma del poder. El hecho de que le pase semejante “factura” no sólo indica el fracaso de la política pre-roquista de integración sino también delata el carácter de exclusión que proyecta la campaña normalizadora de un programa visiblemente racista. Hacia el interior de la ideología del estado de fines de siglo, el término “ciudadano” no incluye al “indígena” que es el “extranjero” absoluto del liberalismo argentino. Viñas no se equivoca cuando en *Indios, ejército y frontera* se



Cacería de onas: Julio Popper en Tierra del Fuego (circa 1886). La foto forma parte del álbum que el aventurero rumano obsequió al Presidente Juárez Celman en 1887.

propone reconstruir los pilares del “patriotismo profesional argentino” (161) a partir de esta suerte de inventario que propone sobre la *lengua* del 80. El “collage” de textos de militares, de letrados incondicionales, de científicos, hombres de estado y hacendados va configurando en su linealidad entrecortada y discontinua una lengua de clase cuyas estrategias de legitimación parecen ritualizar una y otra vez las mismas fantasías de poder y razón. A un siglo de su producción, los textos fantasmáticos que dan sentido a la historia de la frontera argentina, en su organización y con su carga de ansiedades y deseos, son recibidos por el lector como lo que justamente no quieren ser: una muestra insuperable de *pensée sauvage*, una narrativa tribal, circular y obscena. Suerte de lengua anacrónica pero aún vigente debido a su enorme eficacia simbólica, el habla de nuestra oligarquía fundadora exhibe, por lo demás, las marcas clasistas de una triple negatividad: triunfalismo (que obtura la posibilidad de cambio y la inmoviliza como élite conservadora), positivismo (que atraviesa su ansiedad modernizadora y se erige en religión laica del régimen) y racismo (esa forma de violencia verbal que sobredetermina o garantiza su lugar de privilegio en la estructura social, económica y política argentina).

Razón y raza derivan etimológicamente de la misma raíz latina (*ratio*). El dato importa porque, como dice Žižek, más allá de cualquier egotismo interesado, el racismo es un lenguaje que se constituye en fuente, primera y principal, de toda división, diferencia o violencia étnica o religiosa. “La violencia de la palabra no es producto de una distorsión secundaria sino es el vehículo final de la violencia humana” (*Violence* 66). Alsina quería cavar una zanja, como una prolongación o una metáfora feudal, para detener los malones de nuestro “Vecino” (con mayúscula, como usa el término Levasseur). La modernidad de Roca le impidió ver el mérito en una empresa como ésta: es un “disparate,” sentenció, lacónico, en un pasaje de sus archicitados apuntes personales (*Indios* 65). Con una eficacia sólo comparable a los rémingtons de repetición con los que armó al ejército argentino contra el indio, el roquismo levantó otra “medianera”



El cacique Casimiro y su hijo Sam Slick

mucho más sólida y duradera para alejar y reducir a su Otro imponderable. Como bien lo ve Viñas, el batallón de letrados al servicio de la consolidación del estado liberal argentino construyó metódica y viciosamente en su misma circularidad lo que Zizek llama una “muralla de lenguaje.” Una fortaleza verbal (racista, autocelebratoria y religiosamente positivista) a fin de “separarme para siempre del abismo del otro que actúa simultáneamente como apertura y sostén—el obstáculo mismo que me separa del ‘más allá’ es lo que crea su propio espejismo” (*Violence* 73).

¿Es posible minar un muro verbal de violencias? ¿Cómo hablar ‘más allá’ del liberalismo “tan dilatado como el cielo” de nuestro enconado “patriotismo profesional”? ¿Qué palabras usar para no caer en el abismo de la violencia racista, o en la inmovilidad? Este es el desafío, si es posible formularlo de algún modo, que Viñas encara en *Indios, ejército y frontera*. En este libro el trabajo de minado sobre la lengua del

80 es tan sistemático como apasionado. Viñas sabe que las “esencias” o esos significantes vacíos que el liberalismo argentino sacralizó como “universales” (civilización, progreso, libertad, propiedad, trabajo, mercado, orden...) deben ser meticulosamente des-esencializados, esto es, barbarizados. El cuerpo, también acá, se convierte en una de las compuertas que abre Viñas como método para materializar lo sublime. Con un gesto que repite la eficacia simbólica de su mismo modelo espúreo, Viñas trata de descoser las costuras del “patriotismo profesional” ochentista, de llegar a ese “revés” o inversión de la misma violencia señorial que ahora se (de)vuelve sobre el cuerpo del habla de la élite roquista. El lenguaje maestro del Amo es desmembrado, reducido a sus partes mínimas, cosificado, des-estetizado, y vuelto a resignificar en un campo de sentido que le es vistosamente ajeno, exterior a su totalidad originaria porque Viñas nos lo ofrece despojado de inocencia. Emerge así el ‘más allá’ de una violencia de estado que en nombre de la Ley o de la fundación de un nuevo Orden se imagina a sí misma tan aceptable, moralmente hablando, como históricamente necesaria. En *Indios, ejército y frontera* David Viñas no hace otra cosa sino “tomar el cielo por asalto” dejando el campo de batalla regado del tendal de restos de esas “mascaradas antediluvianas, que huelen a cuartel, a iglesia, a junkers y, sobre todo, a filisteísmo” de las que hablaba Marx. Y después de hacer el inventario de la máquina burocrática-militar argentina cuya “grandiosidad” pintó Blanes en “La revista sobre el río Negro,” no deja lugar a dudas sobre todo lo que podía haber de críptico en la sentencia de Benjamin cuando concluye que “no ha habido nunca un documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie.”



Museo de Ciencias Naturales de la Plata: Exhibición anatómica de cerebros de indios patagónicos sin identificar.

Bibliografía citada

- » Aguilar, G. (2010). “David Viñas: la crítica literaria y el cierre del pasado histórico”. *Prismas* 14.2. Web.
- » Benjamin, W. (1971). *Angelus Novus*. Barcelona: Edhasa.
- » Costa, A. F. (1893). *La Conquista del Desierto: una visita al taller del pintor Blanes: su cuadro alegórico La revista sobre el Río Negro : reflexiones históricas, políticas y artísticas alrededor del gran cuadro*. Montevideo: Imprenta de El Siglo. Web.
- » Marx, K. (1871). “Carta a Ludwigg Kugelmann.” <http://pds.lib.harvard.edu/pds/view/4475903?n=1&printThumbnails=no> consultado el 28 de abril de 2011.
- » Piglia, R. (1993). *La Argentina en pedazos*. Buenos Aires: La Urraca.
- » Turner, F. J. (1935). *The Frontier In American History*. New York: Henry Holt and Company. Web.
- » Viñas, D. (1983). *Indios, ejército y frontera*. (3ra. Edición). Buenos Aires: Santiago Arcos.
- » Zizek, S. (2008). *Violence*. New York: Picador.